

El camino de Annapolis no conduce a ningún sitio

Mariano Aguirre
Director, Programa de Paz y Seguridad,
FRIDE

Las perspectivas de que de la reunión que se inicia mañana en Estados Unidos entre los gobiernos de Israel y la Autoridad Palestina salga algo más que una vaga declaración a favor de seguir dialogando son inexistentes. Las demandas concretas de los palestinos han encontrado en las semanas preparatorias una rotunda negativa israelí. Además, ambos gobiernos son débiles y no están legitimados para negociar. Por su parte, el gobierno de EEUU ha rebajado la importancia del evento hasta dejarlo en una "reunión internacional" de un día. Sin negociación previa y sin tiempo es difícil que se avance.

Ninguna concesión

Durante los últimos siete años, desde que se celebraron las últimas y fallidas negociaciones en Camp David bajo el liderazgo del entonces Presidente Bill Clinton, la situación entre palestinos e israelíes se ha deteriorado y modificado profundamente. Israel prosiguió con su política de asentamientos y colonización de Cisjordania (conocida como el *West Bank*) y zonas de Jerusalén, entregó en 2005 la franja de Gaza al control palestino, ha terminado casi de construir un muro que separa Cisjordania de Israel (y que altera la vida familiar, social y productiva de muchas comunidades palestinas), y ha incrementado los controles sobre la población palestina con *check-points* fijos y móviles, mientras construye una compleja red de carreteras sólo para israelíes que vincula ciudades y asentamientos. El consenso entre la derecha y los laboristas respecto a exigir la máxima y absoluta seguridad sin conceder nada a los palestinos se ha intensificado con el argumento de que su gobierno es débil y que no controla a Hamas.

La división en Palestina

En el lado palestino, la ruptura de las negociaciones en Camp David dio lugar a una intensificación de la violencia y de los atentados contra población civil israelí. El ciclo de la violencia se incrementó entre atentados suicidas por un lado y represión, derrumbe de casas, expulsión de ciudadanos de sus tierras, y bombardeos de centros productivos, por el otro.

Después de la muerte de Yaser Arafat en 2004, que vivía encerrado en su cuartel de Ramala (Cisjordania) rodeado de tanques israelíes, se agigantó la ruptura entre el grupo Fatah, que controlaba el poder de la Autoridad Nacional Palestina desde que se negoció el acuerdo de Oslo en 1993, y la organización islamista Hamas. Las elecciones municipales de 2005 y generales de 2006 en los Territorios Ocupados dieron la victoria a Hamas gracias a un programa anticorrupción y más exigente en cuanto a negociar con Israel.

Fatah entregó el poder a regañadientes pero EEUU, Europa y Canadá le negaron apoyo y legitimidad a ese nuevo gobierno alegando que Hamas está incluido en la lista internacional de grupos terroristas. No importó que Hamas mantuviese un alto el fuego y diera indicaciones de negociar: el boicot internacional deterioró la situación económica de la población, radicalizó especialmente a los más jóvenes y sirvió para legitimar la retórica de Hamas y debilitar más al Presidente Mahmoud Abbas.

Hamas y Fatah comenzaron a competir violentamente por el poder en Gaza y Cisjordania. En junio pasado, Hamas se anticipó, al parecer, a un golpe que preparaban las fuerzas de Fatah y se apoderó de Gaza. Desde entonces, las 1.5 millones de personas que viven en esa zona aislada entre Israel y el Mar Mediterráneo sufren un duro boicot que les impide el acceso a medicinas, tecnología, alimentos y hasta electricidad, dado que Israel la controla y la está racionando. Dentro de Gaza existe una fuerte tensión entre seguidores de Fatah y Hamas, y algunas fuentes indican que la organización islamista busca el apoyo económico y militar de Irán para poder sobrevivir. Aunque parece lógico que las dos partes dialoguen para alcanzar el objetivo común de un Estado, las posiciones están muy encontradas debido a las diferentes concepciones del poder, religiosa y laica respectivamente. Por esta razón, es posible que la ruptura se consolide. Los límites de un acuerdo

La principal impulsora de la “reunión” de Annapolis es Condoleeza Rice. Sin embargo, no parece contar con el pleno apoyo del presidente George W. Bush, y menos aún con el de otros miembros del Gobierno que tienen posiciones totalmente favorables a Israel y no están de acuerdo con que la estabilidad de Oriente Medio esté vinculada a que se alcance un acuerdo sobre Palestina. Uno de los principales opositores sería el poderoso vicepresidente Dick Cheney que considera que los esfuerzos deben concentrarse en combatir a Irán. Igualmente, los denominados neoconservadores piensan que la promoción de la democracia en Oriente Medio no pasa por Palestina sino por Irán.

Aunque Rice les ha presionado para que alcancen algún acuerdo, tanto el primer ministro israelí, Ehud Olmert, como el Presidente Abbas se encuentran en situaciones de gran debilidad interna. Olmert está acusado de corrupción, gobierna gracias a una frágil coalición y está enfermo. Abbas ha perdido Gaza y, en cierta forma, gobierna Cisjordania gracias a que Israel impone la seguridad en esa zona y a que EEUU y Europa han desbloqueado fondos de ayuda en los últimos meses. Olmert puede perder el poder con facilidad y Abbas es visto con desconfianza por gran parte de los palestinos que temen que ceda excesivamente ante Israel.

El presidente Abbas quiere que se acuerden cosas muy concretas en Annapolis:

1. Un calendario de negociación con una fecha precisa para declarar formalmente la creación del Estado palestino.
2. La garantía de unas fronteras precisas para ese Estado.
3. La congelación de los asentamientos en Cisjordania y que no continúen avanzando ni creándose nuevos.
4. La garantía de que Jerusalén Este será la sede de la capital del nuevo Estado.
5. La garantía por parte de Israel de que los refugiados (aproximadamente 4 millones de primera, segunda y tercera generación desde 1948) o una parte de ellos podrán regresar al Estado palestino o serán indemnizados por Israel o la comunidad internacional.

La negativa a negociar

El marco legal de referencia de Abbas y de los que apoyan un proceso de paz son las resoluciones de Naciones Unidas que surgieron con motivo de las guerras árabe-israelíes y, en particular, la línea fronteriza que existía en 1967. Todos los analistas coinciden en que será difícil respetar esa línea actualmente alterada e imaginaria debido a los asentamientos, pero si hubiese voluntad israelí para negociar territorio por paz y seguridad podría llegarse a un acuerdo basado en intercambios de tierras y desplazamientos de colonos.

Pero los sucesivos gobiernos de Israel no han mostrado ningún interés en alcanzar un acuerdo, y Olmert va a Annapolis con la misma certeza de no conceder nada. Por supuesto, no puede negarse a una invitación de Condoleeza Rice y debe mostrar que está dispuesto a conversar mientras nada cambie. O sea, retornar a la estrategia de los años 90 de mantener un “proceso de paz” vivo, mientras no se alcance ningún acuerdo.

Amparándose en que los gobiernos palestinos no pueden garantizar la seguridad de Israel ya que no controlan ni desmantelan a los grupos armados, y en que no son fiables para negociar, los gobiernos de Ariel Sharon y Olmert han boicoteado todos los pocos y tímidos intentos de negociación del Cuarteto (EEUU, Europa, Rusia y Naciones Unidas) y cualquier ofrecimiento de Fatah o Hamas. Tampoco se tiene en cuenta que en 1988 Arafat aceptó formalmente la existencia del Estado de Israel y que de esta forma resignó implícitamente a alrededor del 50% del territorio que le correspondía a Palestina según el plan de partición de las Naciones Unidas de 1947.

Al jugar a las profecías autocumplidas, Sharon y Olmert han debilitado económica, política y militarmente a los gobiernos de Arafat y Abbas para luego alegar que son débiles. Y han fortalecido con su intransigencia la radicalidad de Hamas, para indicar a continuación que frente al terrorismo de esta organización no es posible negociar.

El argumento de la debilidad es tan recurrente, que ahora en medios israelíes se dice que nada puede surgir de Annapolis porque Olmert es tan débil que el próximo gobierno podría anular lo que acuerde. Igualmente, el gobierno israelí le entrega a la policía palestina la seguridad de la ciudad de Nablus pero de inmediato la deslegitima al realizar operaciones de castigo y encarcelamiento.

Para llevar a cabo esta política que ha despreciado resoluciones del Consejo de Seguridad y declaraciones de la Asamblea General de la ONU, protestas del Parlamento Europeo y desobediencia civil interna, Israel ha recibido durante los últimos 40 años por parte de EEUU una ayuda masiva militar prácticamente gratis y de primera línea, cooperación tecnológica y créditos civiles que no se devuelven. Este hecho ha sido recientemente denunciado por los académicos John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt en el libro *El lobby israelí* (Tecnos, Madrid, 2007).

Esta ayuda masiva significa que Israel es uno de los países más subvencionados del mundo, y de los que menos lo necesitan, dado su alto nivel educativo, social, tecnológico y estructura de Estado. Paralelamente, los bloqueos a la vida diaria de la población palestina, la represión, las trabas para desarrollar su economía, utilizar sus impuestos (que son confiscados por Israel), exportar sus productos agrícolas o importar productos básicos han sumergido a los palestinos en la miseria.

Todo esto hace que la población se radicalice, odie más a Israel y a EEUU, no espere nada de la ONU ni de Europa y menos aún de los hermanos árabes. La sensación que tienen los palestinos es que sufren un profundo abandono por parte de la comunidad internacional ante la arbitrariedad israelí y su proyecto implícito de someterlos, como ha indicado en su último libro el ex presidente James Carter, a un régimen similar al Apartheid: ciudadanos de segunda categoría con menos derechos, restricciones de movimiento, mano de obra barata para la propia expansión y una constante presión para que se marchen de la región. Se trata de una bomba de tiempo que conducirá a una situación de guerra permanente no declarada.

Una lógica errada

La lógica que utiliza Washington desde junio pasado es que conviene apoyar económicamente y militarmente a Abbas en Cisjordania y encerrar a Hamas en Gaza, con 1.5 millones de habitantes asfixiados y sin recursos. Según el cálculo de sociología matemática de Bush y su equipo, la población palestina dejará de apoyar a Hamas y cerrará filas en torno a Abbas. Pero el argumento falla por varios lados. Primero, porque los palestinos son nacionalistas que se sienten despojados de su tierra. Por lo tanto, cuánto más los asfixian, más se adhieren a quienes luchan contra el opresor, en este caso Hamas, aunque no estén de acuerdo ni con todos sus métodos ni con la totalidad de su ideología. De hecho, últimas encuestas indican que cuánto más se les encierra en Gaza, más adhesión tiene esta organización.

Segundo, porque el presidente Abbas tiene las manos atadas. Si cede ante Israel y EEUU en sus reivindicaciones, pierde poder, legitimidad y posiblemente el control de Cisjordania. Si no cede, entonces ni Israel ni Washington le concederán nada. Y en ese caso también corre el riesgo de perder todo.

Tercero, EEUU da por hecho que Israel *quiere negociar* pero que por diversas razones no encuentra ni el momento ni las circunstancias. La realidad es que hay un consenso en la élite del poder en Israel, desde la derecha hasta los laboristas, en *no negociar* y, especialmente, en que *nunca exista un Estado palestino*. Pueden negociar algunos aspectos sobre libertad de movimiento o entregar Gaza debido a que no tenía importancia estratégica y formaba parte de la estrategia de Sharon de devolver "Gaza, una mínima parte de Cisjordania, y nada más después". Pero 60 años de historia desde la creación del Estado de Israel indican que el único primer ministro dispuesto a negociar la posible existencia de un Estado palestino, Isaac Rabin, fue asesinado por un extremista israelí. La campaña para liberarlo de la prisión por ser considerado un "santo" que salvó la existencia de Israel es un indicio de la situación.

¿La guerra permanente?

Dentro de la élite del poder en EEUU tampoco hay voluntad de permitir la creación de un Estado palestino. Hay algunas posiciones más favorables y otras menos entre Republicanos y Demócratas hacia facilitar la vida de los palestinos, pero si Israel no toma la iniciativa, no es previsible que surja nadie que le desafíe.

Este es otro malentendido de los análisis internacionales, ya que se da por hecho que si la Casa Blanca presiona a Israel, y Europa ayuda a la vez que los Árabes Saudíes se muestran favorables, entonces se podría alcanzar un acuerdo. Pero es un análisis incorrecto: EEUU no va a presionar a Israel, a menos que cambien mucho las cosas en la política interna de ese país, y es algo que no ocurrirá, si es que llega a ocurrir algún día, en el largo plazo.

Para el gobierno de EEUU, por otro lado, Annapolis sirve para tratar de mostrar un esfuerzo de paz frente al desastre de la guerra en Iraq. A mismo tiempo, para Washington es importante que asistan los países árabes a la reunión con el fin de avanzar en una alianza contra Irán a cambio de mostrar interés por el problema palestino.

Será difícil salvar todos estos inconvenientes en Annapolis. Lo menos malo que podría pasar sería que se firmase un acuerdo para negociar que incluyese explícitamente que el objetivo es crear un Estado palestino en, por ejemplo, seis meses. Pero si Abbas vuelve con las manos vacías a Ramala habrá serios problemas y continuará la situación de guerra permanente no declarada. Mariano Aguirre dirige el área de paz, seguridad y derechos humanos de FRIDE, Madrid.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org